

# OROPÉNDOLAS Y EUCALIPTOS, EUCALIPTOS Y OROPÉNDOLAS

una ecotopía

Concepción Cortés Zulueta

Universidad de Málaga / [concepcion.cortes.zulueta@gmail.com](mailto:concepcion.cortes.zulueta@gmail.com)

<https://dx.doi.org/10.5209/revi.94444>

## Resumen

En un bosquecillo abandonado, en los alrededores de un pueblo del sur de la península ibérica, oropéndolas y eucaliptos se encuentran y reencuentran con la llegada de la primavera. Año a año, temporada a temporada, dan forma a una comunidad, efímera pero cíclica. Como seres que divergen en muchas cosas pero que se asemejan en otras, además de ese tiempo y ese lugar, comparten ciertas ambigüedades y exotismos, el hecho de ser percibidos como ajenos y algo extraños, como si nunca pudieran llegar a encajar del todo. De este modo, eucaliptos y oropéndolas, aves y árboles, ejercen sus respectivas agencias y configuran las redes e interrelaciones de una ecotopía imperfecta que no aspira a lo ideal, sino a hacer lo que se puede con lo que hay disponible.

## Palabras clave

oropéndolas, eucaliptos, comunidad, exotismos, aves, árboles.

## Abstract

In an abandoned copse on the outskirts of a village in the south of the Iberian Peninsula, golden orioles and eucalyptus encounter and reencounter each spring. Year after year, season after season, they shape a community, ephemeral but cyclical. As beings that diverge in many ways but are similar in others, they share that time and place, but also certain ambiguities and exoticisms, the fact of being perceived as foreign and somewhat odd, as if they would never going to fit in completely. In this manner, eucalyptus and golden orioles, birds and trees, exercise their respective agencies and configure the networks and interrelations of an imperfect ecotopia that does not aspire to an ideal, but to do what it possible with what is available.

## Keywords

golden orioles, eucalyptus, community, exoticisms, birds, trees.

## 1. Excursión

Me pareció escuchar algo, al subir en dirección hacia las peñas, allá un poco más lejos en una hondonada junto al río, en un grupo de árboles<sup>1</sup>. Pero la prioridad era otra, era ver, era subir a buscar en los abrigos rocosos las

figuras rojizas, trazadas con los dedos empapados en algún compuesto de óxido de hierro hace algunos milenios. Como consecuencia de ser un plan improvisado para aquella tarde, impulsado por el fenómeno Baader-Meinhof de haber sabido recientemente de la existencia de las pinturas y haberlas mostrado después en clase hace unos días, y al no cuajar otro distinto por esos alrededores malagueños, no habíamos mirado información, recorridos, ni descripciones. Sólo teníamos una sugerencia y unas vagas indicaciones — "seguid el camino, al llegar al punto donde empieza la pendiente subid pero no recto, más bien a la izquierda, por donde se ve que pasa la gente" — además de lo que íbamos encontrando de manera parcial, apresurada y confusa en los móviles. Al saltar de peña en peña, oteando posibles sendas entre la maleza, tratábamos de localizar huecos y recovecos en los que examinar sus paredes, en busca de rastros rojizos que la mayor parte del tiempo nos hacían dudar, entre el color de la piedra y su meteorización. Estábamos a punto de abandonar y de marcharnos cuando, al descender, nos topamos con un corte en el que identificamos algunos de los motivos más reproducidos en las imágenes de internet — como el que recordaba a una escolopendra, todo patas. Al menos, después de un buen rato de exploración, de los esfuerzos y el calor, habíamos conseguido *ver* algo.

Así que decidimos volver, bajar y desandar el recorrido. Dejar atrás las peñas y la ladera arbolada. Regresar pasando por delante de un cortijo todavía en uso dentro del que se oían los gañidos de un cachorro, atravesando por una explanada repleta de maquinaria oxidada y organizada en montones entre los que reconocí y ubiqué un roquero solitario gracias a una de sus llamadas, muy oscuro al contraluz y con reflejos de un azul intenso en el plumaje al observarlo con los prismáticos con el ángulo de luz adecuado, volando entre unos y otros despojos. Seguir después por una zona con el suelo repleto de zapateros rojos y negros, ocupados entre las heces del ganado, y junto a una pradera de cardos espinosos coronados por penachos de flores moradas, entre los que zumbaban los abejorros negros, blancos y amarillos. Y alcanzar el camino terroso, propiamente dicho, de vuelta hacia el coche.

Pero en ese momento, creí escuchar de nuevo el sonido de antes, desde los árboles, y recordé que había tenido la intención de acercarme después, una vez que hubiéramos visto lo que habíamos venido a ver, ya habrá tiempo a la vuelta para pararse a escuchar. "Un minuto, quiero comprobar una cosa", y me desvié del camino, campo a través, descendiendo hasta la hondonada en dirección al río y hacia los árboles, un bosquecillo de eucaliptos de bastante altura. Para entonces, estaba atardeciendo, y todo había tomado un matiz dorado, aunque al tratarse de principios de junio todavía quedaba bastante tiempo de luz.

El sonido se había repetido alguna que otra vez, de manera espaciada, y a modo de reclamo. Pero estaba demasiado lejos como para estar segura, y no se podía predecir cuándo se iba a escuchar de nuevo. Así que rebasé los

límites del bosquecillo, definidos por los parches de sombra, la hojarasca y los propios eucaliptos, que se destacaban en unos alrededores yermos. El crujido de los pasos sobre la capa de hojas secas, violáceas en algunos puntos, y la sensación de hundirse en una tierra más blanda suponían una clara diferencia, junto con un olor denso y acre a humedad y descomposición. El suelo aparecía cubierto de surcos, casi ordenados, posiblemente hozadas de jabalíes en busca de alimento. Había basura dispersa, todo tipo de plásticos, una cuerda azul, una mascarilla abandonada, una botella de agua vacía. Los árboles se alternaban con algunos tocones antiguos cortados de forma limpia, cubiertos de líquenes. En los troncos y ramas, manchas de varios colores señalaban las superposiciones de diversos tipos de corteza, que se desprendían y colgaban a diferentes alturas. El conjunto insistía en la verticalidad, por la delgadez y las líneas de los troncos y la altura de los árboles, o los contornos de las hojas. Entre las copas, en lo más alto, se apreciaban unas bolas de fibras suspendidas de las ramas, algo deshilachadas, repartidas por todo el espacio.



El sonido volvió a escucharse, dentro del bosquecillo, tan claro y tan cerca que no quedaban dudas. Pero no era lo único que se oía. Unos estorninos parloteaban y cliqueaban, un mirlo cantó alguna frase suelta, y en su canto quizás imitó una alarma. El arrullo de una tórtola europea, o el rechinar de un escribano triguero en los campos cercanos, luego las notas cristalinas de un carbonero común, o de un pinzón, un trepador azul o las llamadas

agudas de un agateador. Píares de polluelos entre las ramas, el paso de vencejos que se intuyen en los claros entre las masas de hojas, volando muy por encima de las copas. De fondo, desde el río, se asomaba el canto de un ruiseñor, así como la ocasional y repentina explosión de un cetia ruiseñor, al que antes se le llamaba bastardo, por no ser realmente tal ruiseñor. Conversaciones de un grupo de gente que pasa, y que se detiene a sacarse fotos y vídeos con el rebaño de borregos delatado por sus balidos y el tintineo de los cencerros. Más tarde, los chivos de otro rebaño se alternarán haciendo cabriolas, de vuelta al cortijo. Una mastina que acompaña a los paseantes, dividida entre ir con unos u otros, que se detiene un momento a olisquear y que después sale corriendo para no quedarse atrás, cojeando un poco.

Como parte de ese paisaje sonoro y sucesos, el sonido que me había traído hasta los árboles se repite a intervalos difíciles de predecir. Tan pronto se reiteran las llamadas, como callan durante largos minutos. Son oropéndolas, oropéndolas cantando, tal y como había intuido desde antes de ir a las peñas. Oropéndolas cantando en un bosquecillo de eucaliptos, desde diversas y variables posiciones en lo alto de su espesura. Lo que se asemeja a bolas algo deshilachadas prendidas en las ramas son, por tanto, restos de sus nidos tejidos, que conceden al espacio un matiz hechizado. Cuelgan de bastantes ramas, muestra de que las oropéndolas vuelven cada año después de pasar los meses de nuestro invierno en África, en regiones subsaharianas. Un encuentro anual entre oropéndolas y eucaliptos, una comunidad y una ecotopía que quizás no funciona como idealmente querríamos o esperaríamos, pero que parece funcionar, a su manera.

## 2. Eucaliptos

¿Qué fue antes, las oropéndolas o los eucaliptos? Habría muchas maneras de contestar, en función de cómo se entienda la pregunta, qué es ser, a qué y a dónde se refiere ese antes, entre otros. Aquí, en este texto y respecto a este bosquecillo concreto, lo relevante es que eucaliptos y oropéndolas lo son en comunidad, como parte de un ecosistema que voy a presentar como una ecotopía que hace lo que puede con lo que tiene. O más bien, con las opciones que le hemos repartido. Un ecosistema en el que he destacado dos de sus nodos o articulaciones, aunque habría muchas otras, otros animales, minerales, plantas, hongos...

En el caso de los eucaliptos, y puesto que hay los suficientes árboles como para desdibujar lo individual en lo colectivo y hablar de un bosque o bosquecillo, existiría el riesgo de tomarlos como el escenario de la trama en lugar de como actores. De asumir que son paisaje — entendido en un sentido occidental, como escena pintoresca que se ofrece a ser contemplada y que interpreta el rol de fondo o de lugar en el que otros actúan — y no agentes de la comunidad de la que forman parte. En gran medida, esto se deriva de su percibida inmovilidad, la de entes sometidos a la meteorología,

a los elementos, a que los muevan — el viento en las hojas, el rayo en el tronco —, que no se moverían por sí mismos. Sin embargo, podría decirse que es todo cuestión de tiempo, porque lo que fueron semillas ahora miden decenas de metros. O de observar con el detalle y la atención necesarios, dado que las plantas y los árboles también se comunican entre ellos. Por ejemplo, liberando sustancias en el aire cuando los atacan determinados insectos, para advertir a otros árboles y que puedan defenderse. O intercambiando nutrientes o información acerca del estado del entorno por medio de sistemas de raíces y de micorrizas, en relación simbiótica con los hongos correspondientes. Asimismo, las plantas y los árboles reaccionan ante estos avisos y convocan o expulsan a aquellos animales que les interesan, o que no les convienen<sup>2</sup>.

En cualquier caso, ¿qué hace un bosquecillo de eucaliptos en el sur de la península ibérica, casi en las antípodas de Australia, de donde estos árboles son originarios? Tanto el nombre como la descripción del género *Eucalyptus*, que engloba las diversas especies de estos árboles, se remontan a 1788 y se deben a Charles Louis L'Héritier (1746-1800), que partió de materiales recogidos durante uno de los viajes de Cook a Australia, que el botánico francés examinó en Kew Gardens<sup>3</sup>. El término, de raíz griega, fue adoptado por o adaptado en la mayoría de lenguas — esto es, en aquellas que no tenían palabras propias, previas —, y significa “bien cubierto”, en referencia a la cápsula que rodea a la semilla.



Según la nomenclatura binomial, cada especie del género iría precedida por este mismo término, *Eucalyptus*, seguido de otro específico. La vinculación del término a lo anatómico y taxonómico, así como la homogeneidad y simplificación que impone a los árboles implicados, contrastan con la



variedad de nombres otorgados a los diferentes eucaliptos en decenas de lenguas aborígenes australianas, testimonio de una estrecha relación que se ha prolongado durante milenios<sup>4</sup>. Y que se ha manifestado en usos y costumbres diversas según las características de cada árbol. Como remedios medicinales; goma para mascar; madera para armas, herramientas o instrumentos como el *didgeridoo*; corteza para canoas, refugios, recipientes, o como soporte para pinturas; sitios en donde encontrar agua, miel y abejas, o koalas y zarigüeyas que cazar, al tiempo que los ciclos de florecimiento o desprendimiento de la corteza marcan hitos en el calendario<sup>5</sup>. Asimismo, la trascendencia y los milenios que estos nombres condensan se pueden intuir, como ejemplo, en que *Wurundjeri* sea la palabra de la lengua Woiwurrung con la que se designan a sí mismos los integrantes de un pueblo aborígen, dueños tradicionales del área en torno al río Yarra<sup>6</sup>. En *Wurundjeri*, que se podría traducir como pueblo de las larvas del eucalipto, *wurun* alude a la especie *Eucalyptus viminalis*, y *djeri* a una larva muy importante para la alimentación tradicional que se suele encontrar en o cerca de estos árboles. El contraste entre esto y combinar dos términos de una lengua clásica europea para describir un detalle relativo a la cubierta de una semilla resulta significativo.



Un grupo de mujeres de las primeras naciones australianas quema hojas de eucalipto en las escaleras del parlamento de Victoria, en una ceremonia de reflexión con motivo del día de la invasión (institucionalmente celebrado como día de Australia) rodeadas de hojas de eucalipto sumergidas en pintura roja, una por cada muerte aborígen durante las masacres coloniales. Fotografía de Matt Hrkac. 26 de enero de 2022 [CC BY 2.0. Attribution 2.0 Generic].

El bautismo y descripción científicos del género *Eucalyptus* se ubica en un contexto en el que cada vez más especímenes y semillas eran llevados a

Europa desde Australia. Ejemplares de eucalipto empezaron a ser plantados en Inglaterra desde finales del siglo XVIII, y después en otros países europeos, y posteriormente sus virtudes serían difundidas a través de la exposiciones universales, entre otros<sup>7</sup>. En cuanto a la península ibérica, la introducción fue más temprana en Portugal, ya desde el primer tercio del siglo XIX y con plantaciones a lo largo de las vías férreas a finales de ese siglo para su utilización como traviesas. En Portugal, además, se conserva un eucalipto que supera los setenta metros, siendo el árbol más alto de Europa<sup>8</sup>. En España, tras algunos intentos infructuosos, los eucaliptos se empezaron a cultivar en exteriores desde mediados del siglo XIX, inicialmente en Galicia y después en otros lugares del norte, o en Barcelona, Madrid, Baleares o Sevilla.



*Mittji*, por Wukun Wanambi (1962-2022). [...] "We used larrakitj as a coffin but now instead of digging it in the ground we want to show it as art. We believe that the spirit travels through the water and returns to its source and then is born anew. The body dissolves and the bones return to the land as the larrakitj decays. I have wanted to share this understanding with non-Indigenous people for a long time. To show them what is inside. Inside the larrakitj. Inside our destiny. Inside our hearts. Also, what is inside a memorial pole and what is under the paint? The stringy-bark tree, known as gadayka in ordinary language, has sacred names: Wanambi, Binykurrngu, Mawulul. It is the image/spirit of a person of my clan, the Marrakulu. There are sacred names for this [spirit]: Djoluwa, Gatjinydji, Dhaltangu. We sing all of the cycle of that tree including when it falls. The honey, the blossom, the buds. It dances like us." [<https://www.nma.gov.au/exhibitions/unsettled/mr-wanambi>]. Fotografía de charcoal soul, exposición Eucalyptusdom, Powerhouse Museum, Sydney. Attribution-NoDerivs 2.0 Generic (CC BY-ND 2.0)

Entre sus virtudes, se señalaba su rápido crecimiento y sus cualidades medicinales, que se vincularon a una reducción de los casos de malaria allí donde se plantaban, un descenso que se acabó explicando porque sus raíces desecaban el suelo. Desde el último cuarto de ese siglo y hasta

mediados del siglo XX, fue aumentando y generalizándose su cultivo, primero para madera — traviesas, postes de minas — y después como fibra o para pasta de papel. En la actualidad, tendemos a asociar los eucaliptos con el norte de la península, y en particular con Galicia, pero durante los sesenta en Andalucía se localizaban más de la mitad de las hectáreas cultivadas, la inmensa mayoría en Huelva (unas cincuenta mil), aunque también algo más de mil seiscientas en Málaga<sup>9</sup>. En Huelva, en concreto, se crearon arboretos como el promovido por José Duclós en San Bartolomé de la Torre en 1918, tras un intercambio de garbanzos españoles por semillas de eucaliptos con un amigo inglés residente en Australia<sup>10</sup>. O el arboreto de Cabezudos, establecido por una compañía holandesa en 1929, después transformado en un poblado *ex-novo* en época franquista (años cuarenta), y en la actualidad, abandonado y añorado por quienes formaron parte de esa otra comunidad<sup>11</sup>.

El bosquecillo malagueño de eucaliptos desde donde llamaban las oropéndolas no alcanza esas extensiones ni esa edad. Aunque, por la altura de sus árboles y el grosor de algunos de sus troncos, se remonta a unas cuantas décadas<sup>12</sup>. Los eucaliptos están plantados cerca unos de otros, en diferentes momentos, y en su colocación se intuye una cierta regularidad, algo desordenada. Según el ángulo y la dirección desde los que se mire y entre al lugar, la impresión se aproxima más a la de un bosque de columnas, de bloques estrechos y cilíndricos, o bien esa imagen se desdibuja, porque priman los vacíos, las líneas inclinadas o derribadas, como en una ruina que hubiera perdido parte de su verticalidad. Los cúmulos de hojas se agrupan en masas de trazos alargados, espaciadas y un tanto erizadas, confiriendo a copas y ramas el aspecto de alambres que hubieran ensartado una serie de vellones enmarañados. Al levantar la cabeza, la altura se percibe con más intensidad debido al aire y a los huecos, porque aunque da la impresión de que hay una techumbre, se llegan a vislumbrar las puntas más elevadas.

Un tipo y una sensación de bosquecillo distinto a los creados por otros árboles endémicos en un país que hace casi siglo y medio fue señalado como el "Paraíso del Eucalypto en Europa" [sic] dado que dichos árboles tenían el potencial de convertirse en "la gran especie forestal de su vasto territorio"<sup>13</sup>. No hay duda alguna de que los eucaliptos son una especie, introducida, exótica. Sin embargo, los pareceres y dictámenes divergen en cuanto a si se pueden calificar o no como invasores. De entrada, ninguna especie de eucaliptos figura en el Catálogo estatal de especies exóticas invasoras, aunque haya habido iniciativas al respecto<sup>14</sup>, y existan opiniones argumentadas bien negando dicho carácter invasor, bien reivindicándolo<sup>15</sup>. Todo es relativo, porque hay estudios que refutan los efectos negativos sobre el suelo que se atribuyen a las plantaciones de eucaliptos<sup>16</sup> o que proponen alguna de sus especies como candidata para regenerar suelos degradados<sup>17</sup>. Mientras, otros señalan cómo el efecto tóxico de la hojarasca



del eucalipto en el agua altera el desarrollo de las larvas de anfibios<sup>18</sup>, o contemplan con preocupación su expansión y confirman sus efectos negativos sobre el medioambiente y la biodiversidad<sup>19</sup>. Asimismo, y en especial a nivel popular<sup>20</sup>, otra de las fallas que se les achacan a estos árboles es que se asume que son un riesgo con respecto a los incendios forestales, debido a que arden y a que propagan el fuego con mayor facilidad que otras especies. Esta es una percepción muy extendida, a pesar de la influencia de otros factores más significativos, como el aumento de las temperaturas o el estado de los campos<sup>21</sup>.

Con independencia de hasta qué punto existe ese riesgo, los eucaliptos han mantenido una estrecha relación con el fuego desde hace millones de años. Y en fechas milenarias más recientes, también con las quemaduras culturales mediante las que los aborígenes australianos moldeaban el territorio. En ocasiones, la agencia de los eucaliptos frente al fuego en las regiones de las que son originarios se retrata diciendo que lo "requieren y promueven", que se adaptan a él y lo sobreviven, que lo necesitan, y aprovechan, o que lo modelan, según sus necesidades. Que se ofrecen al fuego como combustible en un pequeño porcentaje para difundir sus semillas, para activarse mediante el humo, para preparar el terreno para sus brotes. Mediante el fuego y los infiernos que desencadena, se demuestran astutos y oportunistas, y "arden de buena gana, con avidez y gratitud<sup>22</sup>". Si los eucaliptos convocan al fuego, y mantienen relaciones con él, si fuego y eucaliptos se amoldan e influyen mutuamente, por qué no habría de suceder algo similar con respecto a otros animales, con algunos insectos, con ciertos pájaros.

### 3. Oropéndolas

Oropéndola *europaea*, *Oriolus oriolus*, Eurasian golden oriole, loriote d'Europe, Pirol, muchos de los nombres que se les han adjudicado a estas aves suelen insistir en el intenso color amarillo del plumaje del macho (designado como oro), en las onomatopeyas de sus reclamos o cantos, o tanto en color como en sonido al mismo tiempo. De modo que resulta difícil delimitar qué letras están asociadas a un sentido u otro, o si se confunden y han acabado sirviendo a ambos. Además, en la palabra oropéndolas se suma el carácter colgante o pendular de los nidos, suspendidos y tejidos a una horquilla de ramas.<sup>23</sup>



### 3.1. Cantos compartidos

Así, fue el reclamo del canto lo que me atrajo al bosquecillo, escuchado desde una cierta distancia. Pero, a pesar de mis intentos y del color amarillo de los machos y verde-amarillento de las hembras, no llegué a ver a ninguno de los pájaros que cantaban desde las copas de los eucaliptos, por mucho que tratara de acercarme a cada una de las fuentes de aquellos sonidos. Se suele señalar que son aves tímidas, que a pesar de su plumaje no se dejan ver con facilidad<sup>24</sup>. Pero que también atraen la atención sobre sí debido a su canto de silbidos aflautados, distintivo y perceptible a lo lejos<sup>25</sup>.

En nuestro marco sensorial, en el que conceptualmente prima lo visual, resulta complicado describir un sonido aunque se conozca y se reconozca. Los cantos de las oropéndolas son breves fragmentos de melodía, que aparentemente suenan más graves y redondeados que los de otras aves, y que parecen rodar en torno a las oes, erres y eles líquidas que suelen contener los nombres vernáculos o científicos de la especie. En inglés, las transcripciones onomatopéyicas se despliegan entre variaciones tipo *weelo-wallo-weelyo* o *tilly-cleo-cleeoo*<sup>26</sup>, u otras frases nemotécnicas como "who-are-you"<sup>27</sup>. Los humanos, en cualquier caso, no somos los únicos que nos detenemos a escuchar y captar estos cantos, porque están entre las imitaciones que los estorninos, negros y pintos, más incansablemente repiten en sus vocalizaciones<sup>28</sup>. Los escuchan, aprenden, y pasan de unos a otros, y los van modificando si no hay oropéndolas en la zona y no pueden contrastar sus imitaciones con la fuente original. De modo que los estorninos acaban sonando del estilo de una oropéndola, pero sin confundirse con ella. Sin embargo, cuando las imitaciones son frescas, no resulta difícil equivocarse. De ahí, en parte, mi cautela al acercarme al bosquecillo a escuchar y comprobar. Después de todo, allí también estaban los estorninos negros, escuchando, y los pude entrever entre los eucaliptos, silbando y cliqueando<sup>29</sup>. No sería raro que estos pájaros en concreto también imitaran a las oropéndolas, puesto que conviven con ellas.

Otro rasgo de las oropéndolas es que las hembras cantan, no solo los machos. Es más, en áreas de cría como el bosquecillo de eucaliptos en ocasiones macho y hembra dialogan en un dueto antifonal suave en el que la melodía silbada del macho es respondida con un canto breve de la hembra, o por otras de sus llamadas<sup>30</sup>. Los cantos de la hembra son más agudos y los repertorios tanto del macho como de la hembra son considerables, y los comparten en su mayoría, aunque parece ser que el del macho cuenta con canciones adicionales<sup>31</sup>. Todo ello resulta significativo. Sobre todo, si se tiene en cuenta la escasa atención que se había venido prestando a los cantos de las hembras en general, y al de las hembras de las zonas templadas en particular. Esto, por el sesgo de asumir que lo que se estimaba que prevalecía en dichas zonas templadas — regiones en las que se había originado la ornitología así como ubicación de los principales imperios coloniales — se aplicaba asimismo a las zonas tropicales, en donde muchas más hembras cantan y se implican en duetos<sup>32</sup>. A su vez, se habría descuidado el estudio de las hembras de las zonas templadas que, como en el caso de las oropéndolas, sí que cantan<sup>33</sup>.

En la porción de atardecer que pasé en el bosquecillo no llegué a reconocer esos duetos. Aunque esos intercambios y conversaciones se producen con cierta frecuencia, los matices de sus significados e implicaciones se nos escapan. Posiblemente, contribuyen a construir y afianzar los lazos entre estas aves, así como la comunidad y ecotopía a la que han dado forma en el bosquecillo de eucaliptos<sup>34</sup>.



### 3.2. Colores exóticos

De las oropéndolas también se suele destacar su brillante color amarillo, más intenso en el plumaje de los machos y más verdoso en el de las

hembras. Respecto a su color y a su plumaje, se da una interesante paradoja en cuanto a cómo son percibidas y situadas. Como se indica en un pequeño atlas de bolsillo de principios del siglo XX dedicado a los pájaros de Francia, Bélgica y Suiza, sean estos "útiles o perjudiciales":

La oropéndola [Loriot], con su vestido espléndido de oro anaranjado y sus alas negras, parece un pájaro exótico transportado de golpe a un país que no era el suyo<sup>35</sup>.

Significativamente, se añade que estas aves "llegan a finales de abril o principios de mayo a nuestras regiones templadas", pero se omite detallar desde dónde, puesto que no se menciona África ni ninguna de sus regiones. En otro artículo ornitológico sobre las oropéndolas en Holanda publicado en 1941 que se centra en una pareja concreta, en su nido y en sus polluelos, se insiste también en que, "[h]ablando con propiedad, esta bella ave no es un habitante de nuestro neblinoso país. Es un ave tropical<sup>36</sup>". Para, a continuación, referirse a los llamativos colores del macho y los más sombríos (*sombre*) y marrones de la hembra. A pesar de tratarse de una revista sobre ornitología africana, África tampoco aparece en el artículo en sí, y el autor se limita a concluir diciendo que después de ver a la familia de cinco oropéndolas por última vez el 12 de julio, ambos padres cantando alegremente, no volvió a verlos más y deduce que "probablemente se marcharon a otros lugares", omitiendo su destino africano. Extraños vacíos, de ida y vuelta, respecto a un continente silenciado como lugar de origen o de destino.

Incluso cuando se especifica y desarrolla su ruta migratoria y su estancia en territorios africanos, las oropéndolas suelen ser presentadas y nombradas como tales aves europeas, o como mucho, euroasiáticas. Es cierto que crían en muchas partes de Europa, y en algunas de Asia, pero también en el norte de África, y los meses que pasan viajando o establecidas en África deberían tener un mayor peso. En general, falta información, se conoce mucho sobre las oropéndolas Enel continente europeo pero mucho menos acerca de ellas en el africano, sea por cuestiones de acceso o por la pervivencia de ciertos sesgos.





Por tanto, las oropéndolas ocupan una posición ambigua, entre las aves europeas. Aunque se designan como tales, simultáneamente se consideran exóticas, y sus descripciones se acompañan de adjetivos como lujuriente o tropical<sup>37</sup>. Su color, sus duetos o, aunque se trate de aves insectívoras, su gusto por el néctar o frutas dulces como cerezas o higos, se señalan como rasgos que confirman dicho exotismo y tropicalidad<sup>38</sup>. Resulta curioso que, además de su color o canto, otros de sus nombres se refieran a las frutas que consumen, como en portugués (*papa-figo*, *figo louro* o *maduro*<sup>39</sup>) o en algunas antiguas variantes castellanas y gallegas (*papafigos*, *papahígos*, *papafigo*, *maduralhigo*, *marahígas*<sup>40</sup>). Es más, otro nombre de sonido parecido pero etimología confusa, *papagayo*, también se utilizaba para aludir a las oropéndolas. Y, quizás por asociación en cuanto a exotismo, colores y características, a partir del siglo XV pasará a emplearse para los loros del Nuevo Mundo<sup>41</sup>.

En cierto modo, estas asociaciones, paradojas, ambigüedades, ligadas a un exotismo percibido que no tienen por qué traducirse en una cesión o reconocimiento de las otras geografías de las oropéndolas, las convierten en personajes muy interesantes como creadoras de ecotopías, efímeras pero recurrentes, año tras año. Su estancia de unos meses en el bosquecillo de eucaliptos sólo sería una de ellas, frente a aquellas otras, ambulantes, que hacen emerger en sus migraciones de miles de kilómetros hasta las regiones subsaharianas del sur y centro de África<sup>42</sup>. A la ida y a la vuelta, en nuestra primavera y otoño, al atravesar desiertos y encontrarse en bandadas en los oasis del camino — algunas no lo consiguen, y quedan atrás sus cuerpos momificados —; aprovechando los jardines costeros egipcios, entre otros, o apenas la sombra de una roca<sup>43</sup>; o en aglomeraciones que han sido equiparadas a las de las estaciones de tren más bulliciosas, con pasos que cambian de color los matices del entorno al llegar primero juveniles y hembras, con sus tonos verdes, y después el amarillo incendiario de cientos de machos<sup>44</sup>. O asentadas en los meses de invernada — que en gran parte se corresponden con la primavera y el verano del hemisferio sur, hasta donde se desplazan —, menos estudiados,

relacionándose y compartiendo el espacio con otras especies de oropéndola<sup>45</sup>.

### 3.3. Nidos tejidos

La época de cría de las oropéndolas, iniciada bien entrada la primavera en el hemisferio norte, incluye el cortejo y la construcción de nidos. Estos, ya mencionados, son nidos colgantes, pendulares: una copa no demasiado grande atada y asegurada a una horquilla de dos ramas, tejida con fibras de todo tipo y rellena con capas de aquello que se haya seleccionado, entre lo disponible en el entorno. Los construyen las hembras, recogiendo materiales de los alrededores, mientras los machos las acompañan con sus cantos, aunque parece que en ocasiones estos se implican en las primeras etapas de manera parcial<sup>46</sup>. Las hembras tardan entre seis y doce días en completar el nido, aunque una vez acabado continuarán reparándolo y mejorándolo, incluso cuando ya han nacido los polluelos. Lo primero que hacen es crear la estructura básica en forma de hamaca que sostendrá el nido, rodeando las ramas con fibras — que pueden ser hierbas, tiras de corteza, incluso plástico — y fijándolas con tela de araña. Cuando esa copa básica puede sostenerlas, comienzan a trabajar aposentadas en su interior, con su propio cuerpo como medida, anudando más fibras e insertando y entreverando el revestimiento. Los materiales que emplean son muy variados, y parece no haber límite a lo que escogen, siempre que sirva a sus propósitos. Además de diversos tipos de hierbas, cortezas, hojas, recurren también a otros materiales vegetales como musgo o la pelusa de las semillas de chopos y álamos, o a líquenes<sup>47</sup>, la seda de las arañas o de los capullos de los insectos. Asimismo, se ha observado cómo recolectaban primulas amarillas en un jardín para decorar el exterior del nido. O cómo una de estas aves recogía elementos de un espantapájaros que, como es obvio, no estaba cumpliendo su objetivo<sup>48</sup>.



Por otro lado, se han encontrado nidos recubiertos de plumas de azulones, palomas o tórtolas<sup>49</sup>, o con pelo de ganado, como crines<sup>50</sup> o lana, fuera de vellones enganchados o sacada de algún objeto humano<sup>51</sup>. En cuanto a materiales ligados a otras actividades humanas, el plástico es habitual, por ejemplo en forma de cordeles o tiras rasgadas de sacos o bolsas. También recurren a telas — incluso encajes bordados o lazos puestos a secar, o retazos de colores —, o recolectan papel, sea de cartas, de periódicos, una papeleta de voto, o ilustraciones de soldados — de nuevo, adornando el exterior del nido<sup>52</sup>. Mason y Allsop recogen dos casos de la Primera Guerra Mundial que muestran que la vida sigue, incluso durante los conflictos bélicos más cruentos. El primero se refiere a un nido con huevos rotos en el campo de la batalla del Somme, elaborado con vendas quirúrgicas usadas atadas con cuerda que incluía una carta dirigida a la unidad implicada. El segundo hallazgo, en el destrozado entorno consecuencia de dicha batalla, tuvo lugar en un haya en el margen de un bosquecillo que había sobrevivido a la desolación, junto a unas zanjias y trincheras alemanas. El nido estaba hecho de lana extraída de unos colchones, al no quedar ganado en millas a la redonda. Otro nido adicional estaba elaborado solo con papel, quizás de órdenes alemanas, y con un par de plumas de gallina. Las oropéndolas implicadas — y en especial, las hembras— optaron por aprovechar y reciclar incluso lo bélico y lo transformaron en refugios, ejerciendo una agencia que se resiste hasta en el fragor de la batalla, y que resuena con los principios y posibilidades de tantas otras ecotopías.



Fotografía de hederabaltica [CC BY-SA 2.0 Deed Attribution-ShareAlike 2.0 Generic]

Con estos antecedentes, no es de extrañar que los nidos creados por las hembras de oropéndola hayan sido alabados como "toda una obra de arte" (*quite a work of art*)<sup>53</sup>, o que se haya destacado lo increíble de su arquitectura<sup>54</sup>. Aunque se echa de menos que no aparezcan siquiera

mencionados en libros como los de Karl von Frisch o Michael Hansell — ambos titulados *Animal Architecture* —, por mucho que los dos científicos traten otras especies de aves tejedoras, y hayan desarrollado sus carreras en Europa<sup>55</sup>.

Por qué no, los nidos de las oropéndolas podrían llegar a convertirse en uno de esos tópicos de los documentales de naturaleza, repetidos en filme tras filme. Quizás lo dificultaría, o lo contrario, ese exotismo ambiguo con el que suelen ser retratadas, al ser percibidas simultáneamente tan cerca y tan lejos, tan propias y tan ajenas. Sus nidos no desmerecen a otros nidos y construcciones mucho más reseñados, aunque es posible que la flexibilidad y el ingenio de las hembras en cuanto a la selección de materiales vayan a contracorriente de una fotogenia entendida en términos de cómo de prístina y no contaminada es la naturaleza que ilustran, y de la que en teoría proceden. Hoy en día, estos nidos, y las oropéndolas, nos devuelven una imagen poco halagadora de nuestra realidad, empañada por nuestros restos y nuestra basura.

Sin embargo, y precisamente debido a su reciclaje y adaptabilidad, estos nidos encajan con otro tipo de relatos, más híbridos y vigentes, en línea con las naturculturas de Donna Haraway<sup>56</sup>. Y por tanto, en un marco que no se limite a emitir un lamento y a una condena. Que atienda a que, cuando las hembras de oropéndola optan por materiales de plástico, y aunque sus efectos perjudiciales para el entorno y el planeta estén más que demostrados, lo hacen porque aprecian y seleccionan cualidades que les convienen en ciertos sentidos. Como la robustez y durabilidad que hacen que sus nidos aguanten mejor la temporada y perduren incluso hasta el año siguiente<sup>57</sup> — lo que, por otro lado, convierte a los plásticos en un problema. A fin de cuentas, las oropéndolas también deciden, en función de sus circunstancias, perspectivas y preferencias, se correspondan o no con las que los humanos tendemos a esperar de estas y otras aves, o seres vivos, o a considerar más apropiadas.

### 3. Oropéndolas y eucaliptos

Nunca dejaban el nido solo, alguno de los progenitores siempre estaba en el vecindario. Cuando uno de ellos llegaba con comida, tanto el bello canto del macho como el de la hembra se podían escuchar desde muy lejos. (Probablemente conozcas la leyenda sobre la oropéndola [Golden Oriole]. Fue desterrada del paraíso, puesto que había olvidado la consigna [para poder entrar]. Ahora siempre está intentando recordarla, para tener la posibilidad de volver al paraíso).<sup>58</sup>

Resulta sugerente que, entre las historias que se asocian con las oropéndolas, haya una que imagine las melodías de los duetos que intercambian macho y hembra como ensayos destinados a desentrañar un encantamiento que abre las puertas del paraíso, que una vez se conoció



pero que fue olvidado hace mucho tiempo. Se diría que, además de distinguir y destacar sus cantos y de elogiarlos por sus cualidades o textura, esta leyenda vuelve a situar a estas aves en una posición ambigua, incierta. Sí, están aquí, con nosotros, pero se sienten como si estuvieran de paso y pertenecieran a otro mundo, diferente o más elevado, en el que quizás desaparezcan pronto. Esto se podría relacionar, a su vez, con que en parte se las perciba como exóticas, como se mostró con anterioridad, corroborando esas asociaciones que vinculan el exotismo o lo tropical con un paraíso primigenio.

En las oropéndolas, este exotismo es solo parcial, tal y como vimos, y se apunta de un modo más bien abstracto mientras que se tienden a eludir o ignorar el viaje hacia las regiones subsaharianas y los meses en África. Por otro lado, cuando se establecen en el bosquecillo de eucaliptos las oropéndolas escogen un encuentro con otro tipo de exotismo, el aportado por unos árboles con un estatus incierto que no siempre son bienvenidos. Traídos desde Australia a tierras para ellos desconocidas en su periplo milenario, descolocados y desplazados en lo que, como ya se trató, se llegó a ensalzar como el "Paraíso del Eucalypto en Europa<sup>59</sup>". Aunque, de hecho, se encontraran más acomodados y adaptados a los infiernos desatados por el fuego en sus regiones de origen, e incluso los favorecieran. Eucaliptos y oropéndolas, como si los árboles las hubieran elegido y buscaran incendiarse con sus colores y cantos, para paliar en parte la ausencia de redes, ecosistemas y comunidades a las que estaban acostumbrados, generando con ello una comunidad alternativa a partir de diversas otredades, una propia y otra ajena, una ecotopía alejada de lo ideal pero muy apegada a un sitio, parcheando lo supuestamente deseable con lo disponible.

Algo similar podría afirmarse con respecto a los nidos creados y tejidos a las ramas de los eucaliptos por las hembras de oropéndola aprovechando y reciclando lo que encuentran en el entorno; unos nidos que cuelgan por todo el bosquecillo, siempre hacia lo alto de las copas. Los que son fáciles de localizar, de temporadas pasadas y algo deshilachados, están demasiado arriba como para poder apreciar, a simple vista y en detalle, los materiales de los que se componen, pero presentan un aspecto fibroso. En este bosquecillo, quizás la hembra en cuestión ha compuesto su estructura recurriendo a briznas de las hierbas de la zona o de las plantas junto al río o, por qué no, con tiras de la corteza de los eucaliptos. Las ovejas y las cabras, o incluso los perros del pastor, podrían haber aportado lana o pelo para tapizar el fondo. En los alrededores, hay todo tipo de plásticos y cordeles que podrían haberse empleado para anudar y afianzar el conjunto, así como papeles, u otros elementos con los que decorar el exterior, entre otra multiplicidad de opciones. Dan ganas de trepar para observar esos nidos de cerca, para examinar la variedad de materiales empleados y comprobar si las decisiones individuales se repiten o varían, si hay

continuidades y rupturas, si se intuyen diferentes estilos y diferentes artistas, si hay algunos eucaliptos más favorecidos que otros. En cierta medida, los nidos que se van acumulando temporada a temporada y van quedando en desuso, podrían llegar a plantearse como crónicas de la comunidad, tejidas en lugar de escritas. Diarios de las elecciones individuales, estructurales y estéticas. Registros históricos acerca de lo que había disponible aquella temporada, anudadas en torno a ramas unidas a troncos en los que, a su vez, los eucaliptos también estarían anotando por su cuenta las lluvias y las temperaturas, entre otros parámetros, en forma de anillos de crecimiento.



Fotografía de Ferran Pestaña [CC BY-SA 2.0 Deed Attribution-ShareAlike 2.0 Generic]

Hay que contar también con los nidos más recientes, los que están en uso, desde cuyo interior o inmediaciones escuché cantar y llamar a las oropéndolas del bosquecillo ahora que estaban criando, ocupadas con los polluelos. Mecidos por el balanceo de las ramas, suspendidos y unidos a sus movimientos, no se ven como los otros, al estar disimulados en lo alto, entre las hojas, pero se escuchan y se intuyen. La altura es importante, para estas aves, igual que el estar cerca de un claro o de un borde despejado<sup>60</sup>. Por tanto, un cultivo de eucaliptos tan acotado ofrece varias particularidades relevantes que no se encuentran en los alrededores. Los años de abandono se han traducido, por tanto, en las decenas de metros de crecimiento que han acabado congregando a las oropéndolas, que de otro

modo se hubieran talado para obtener madera o fibra<sup>61</sup>. La acumulación de nidos, los visibles y los audibles, los antiguos y los recientes, indica que la comunidad del bosquecillo, de eucaliptos y oropéndolas, lleva varios años reuniéndose y reencontrándose, al llegar cada primavera.

Un único atardecer paseando entre los árboles y escuchando los cantos no permite concretar acerca del número de aves, aunque se las escuchaba en varios puntos. Por otro lado, además de los ya mencionados duetos entre machos y hembras, el resto de diálogos cantados entre estos pájaros despliegan otros tipos de relaciones, de negociaciones de distancias y cercanías. A veces, la pareja cuenta con ayudantes durante la crianza, que suelen ser machos pero en alguna que otra ocasión se ha observado una hembra<sup>62</sup>. Estos tríos comparten una serie de temas cantados, que les permiten reconocerse y organizarse. Asimismo, las parejas contiguas cuentan con otros códigos, que les permiten distinguir si quienes cantan son vecinos o desconocidos<sup>63</sup>. Por lo que el bosquecillo suena de una manera concreta, que organiza la comunidad, las relaciones y el territorio, marcando los límites inmediatos a cada nido, o sus alrededores, dibujando una serie de conexiones lábiles, espaciales y sonoras, que varían dependiendo del momento del día o del avance de la temporada<sup>64</sup>. Que, llegado el momento y tras miles de kilómetros de vuelo, permitirán el reencuentro con la pareja, si finalmente se produce, o establecer si han vuelto los vecinos, o las novedades de cada año. Y que, en definitiva, retoman y reviven la comunidad allí donde durante unos meses no hubo ningún sonido de oropéndolas, sólo una ausencia puntuada por los nidos deshilachados y quizás por las imitaciones de los estorninos.



Además, estos diálogos se superponen a otras redes de comunicación, ya citadas, en cuanto a los propios eucaliptos, entre sí y con el entorno, en las que los sonidos también podrían desempeñar un papel<sup>65</sup>. Esto, mediante sus raíces y los hongos en simbiosis con ellas, a través de las sustancias que recorren los troncos, las ramas y las hojas, y de las que se liberan en el aire en forma de señales y de mensajes, hacia otros eucaliptos, hacia otras plantas, hacia ciertos insectos y, por especular, por qué no, quizás incluso dirigidas hacia las oropéndolas como interlocutoras, o hablando sobre ellas. De algún modo, los eucaliptos las convocan, y es posible que también se beneficien de que, como aves insectívoras, mantengan a raya a posibles plagas. O que les ofrezcan no sólo protección y alimento sino también néctar y ciertas propiedades medicinales, tratando de reclutarlas, quizás, como potenciales polinizadoras, como sucede con algunas otras aves y especies de eucaliptos de vuelta en Australia. En cualquier caso, la impresión es que, después de un desplazamiento forzado, a los eucaliptos se les reprocha tanto el que no se integren y no establezcan comunidades y redes de relaciones, como el que lo hagan, cuando lo hacen. Porque, en este último caso, estas o se consideran disruptivas, o no se juzgarán nunca como adecuadas, o como suficientemente ricas, frente a las pérdidas y declives antropogénicos que ya estaban ahí antes que estos árboles y que también se les impusieron.



Mientras tanto, en sus desplazamientos en el espacio y en el tiempo, oropéndolas y eucaliptos se encuentran y reencuentran en un bosquecillo, en el que cada año son y dan forma a una comunidad. Eucaliptos y oropéndolas comparten el no ser del todo percibidos como del lugar, pero



han hecho suyo este enclave abandonado, que puede fácilmente pasar inadvertido, y que tejen y entrelazan en los márgenes. Una ecotopía que, más que aspirar a un ideal, hace lo que puede con lo que hay disponible, que existe sin apenas llamar la atención, sin llegar a ser ni un infierno ni un paraíso.

## Bibliografía

"Ancestors and Past", en *Wurundjeri People*, <https://www.wurundjeri.com.au/our-story/ancestors-past/>

G. Archer, *The birds of British Somaliland and the gulf of Aden*, vol. IV, Edimburgo y Londres, Oliver and Boyd, 1961.

S. Arellano et al., *Foto-guía de combustibles forestales de Galicia*. Santiago de Compostela, Andavira, 2017.

J. Arévalo y Baca, *Aves de España*, Memorias de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, Madrid, Viuda e Hijo de Aguado, 1887.

S. Baumann, *Verhaltensstrategien des Europäischen Pirols (Oriolus o. oriolus) bei Gesang, Habitatnutzung und Migration*, Universität Osnabrück, 2000.

——— "Observations on the coexistence of Palearctic and African Orioles Oriolus spec. in Zimbabwe", en *Vogelwelt*, vol. 122, nº 2, 2001, pp. 67-79.

F. Bernis y J. Varela, *Diccionario de nombres vernáculos de aves*, Madrid, Gredos, 1995.

P. Burraco, et al., "Eucalypt leaf litter impairs growth and development of amphibian larvae, inhibits their antipredator responses and alters their physiology", en *Conservation Physiology*, vol. 6, nº 1, 2018, DOI: [10.1093/conphys/coy066](https://doi.org/10.1093/conphys/coy066)

G. Colombo, "Oriolus oriolus", en *Monaco Nature Encyclopedia*, <https://www.monaconatureencyclopedia.com/oriolus-oriolus/?lang=en>

C. Cortés Zulueta, "Sobre la historia de los cantos de las aves o los cantos de las aves como historia", en *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 28, nº suppl. 1, 2021, pp. 17-35, DOI: [10.1590/s0104-59702021000500009](https://doi.org/10.1590/s0104-59702021000500009)

——— "Is that a car alarm? Or a bird? Representing and thinking birds' mimicry as a co-constituted living archive", [en prensa].

A. Cretté du Palluel, "Note sur le Lorient jaune (*Oriolus galbula*)", *Revue des Sciences Naturelles Appliquées*, año 38, 1891, pp. 734-745.

V. Despret, *Habiter en oiseau*, Arles: Actes Sud, 2019.

- J.M. Domingo Santos, "El eucalipto y los suelos bajo clima mediterráneo", en *Boletín Informativo CIDEU*, nº 8-9, 2010, pp. 15-30.
- A. Elozegi Irurtia et al., "Efectos ambientales de las plantaciones de eucaliptos en Euskadi y la península ibérica", en *Munibe Ciencias Naturales. Natur zientziak*, nº 68, 2020, pp. 111-136.
- R.J. Fensham, "Leichhardt's ethnobotany for the eucalypts of south-east Queensland" en *Australian Journal of Botany*, vol. 69, nº 4, 2021, pp. 185-214, DOI: [10.1071/BT21007](https://doi.org/10.1071/BT21007)
- C. Flores Sancristóbal, *EI eucalipto en Andalucía* [Hojas divulgadoras, 15-62 H], Madrid, Ministerio de Agricultura, 1962,
- K. von Frisch y O. von Frisch, *Animal architecture*, Nueva York y Londres, Harcourt Brace Jovanovich, 1974.
- C.H. Fry et al., *The birds of Africa*, vol. VI, Nueva York [etc.], Academic press., 2000,
- L. Gil, "El eucalipto es una especie exótica pero no tiene carácter invasor" en *Foresta*, nº 72, 2018, pp. 28-31.
- E. Gullón, J.M. Caraballo Martínez y F. Ruiz, "Una visión histórica de los arboretos de eucaliptos de Huelva", en *Boletín del CIDEU*, nº 8-9, 2010, pp. 43-56.
- L. d'Hamonville, *Atlas de poche des oiseaux de France, Belgique et Suisse*, Serie I, París, Paul Klincksieck, 1908.
- M. Hansell, *Animal architecture*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2005.
- D. Haraway, *The companion species manifesto: Dogs, people, and significant otherness*, Chicago: Prickly Paradigm Press, 2003.
- A.M. Hindmarsh, "Vocal Mimicry in Starlings", en *Behaviour*, vol. 90, nº 4, 1984, pp. 302-324, DOI: [10.1163/156853984X00182](https://doi.org/10.1163/156853984X00182)
- R. Karban, *Plant Sensing and Communication*, Chicago, The University of Chicago Press, 2015.
- C.L. L'Héritier de Brutelle, *Sertum Anglicum seu Plantae rariores quae in hortis juxta Londinum*, París, Petri Francisci Didot, 1788.
- C.W. Mackworth-Praed y C.H. Grant, *Birds of West Central and Western Africa*, vol. 2, Essex, Longman, 1981.
- P. Madejón et al., "Potential of Eucalyptus camaldulensis for phytostabilization and biomonitoring of trace-element contaminated soils", en *PLOS ONE*, vol. 12, nº 6, 2017, DOI: [10.1371/journal.pone.0180240](https://doi.org/10.1371/journal.pone.0180240)

P. Mason y J. Allsop, *The golden oriole*. Londres, T & AD Poyser, 2009.

S. Milano et al., "Isotope record tracks changes in historical wintering ranges of a passerine in sub-Saharan Africa," en *Global Change Biology* vol. 27, nº 21, 2021, pp. 5460–5468, DOI: [10.1111/gcb.15794](https://doi.org/10.1111/gcb.15794)

J. Mooiman, "The Golden Oriole (*Oriolus oriolus*) in Holland", en *The Ostrich. Journal of African Ornithology*, vol. 12, nº 1, 1941, p. 11–16, DOI: [10.1080/00306525.1941.9634622](https://doi.org/10.1080/00306525.1941.9634622)

A. Motis, "The Whistled Songs of the European Starling *Sturnus Vulgaris* and the Spotless Starling *Sturnus Unicolor* in North-East Spain", en *Bioacoustics*, vol. 7, nº 2, 1991, pp. 119–141, DOI: [10.1080/09524622.1996.9753322](https://doi.org/10.1080/09524622.1996.9753322)

Odom et al., "Female song is widespread and ancestral in songbirds, en *Nature Communications*, vol. 5, nº 1, 2014, p. 3379, DOI: [10.1038/ncomms4379](https://doi.org/10.1038/ncomms4379)

P. Rivas, "Industria papelera y 'gasolina para el monte': claves del fuego en Galicia. *El Salto*, 16 octubre 2017, <https://www.elsaltodiario.com/incendios/papelera-ence-gasolina-monte-claves-fuego-galicia-eucalipto>

J. Sierro, et al., "Female blue tits sing frequently: a sex comparison of occurrence, context, and structure of song", en *Behavioral Ecology*, 2022, DOI: [10.1093/beheco/arac044](https://doi.org/10.1093/beheco/arac044)

F.J. Silva-Pando, "La introducción y expansión del eucalipto en la península ibérica" en *Foresta*, nº 82, 2022, pp. 42–49.

F. del Stabile, et. al. "Is There a Role for Sound in Plants?", en *Plants* 11, nº 18, 2022, p. 2391, DOI: [10.3390/plants11182391](https://doi.org/10.3390/plants11182391)

W.C. Tait, *The birds of Portugal*, Londres, H. F. & G. Witherby, 1924.

J.L. Tellería y A. Galarza, "Avifauna y paisaje en el norte de España: efecto de las repoblaciones con árboles exóticos", en *Ardeola* vol. 37, nº 2, 1990, pp. 229–245.

P.A. Ventalló y Vintró, *Los gomeros de Australia en la regeneración forestal de España*, Tarrasa, V. Cusó, 1877.

M. Vilà Planella, "Los eucaliptos invasores en España" en *Foresta*, nº 72, 2018, pp. 32–33.

Á.A. Villa Díaz, *Paisajes coloniales de los arenales de Doñana: El Abalario*, Universidad Pablo de Olavide, 2019.

R. Wassermann, *Der Pirol: ein Tropenwaldvogel in Europa?*, Wiesbaden, Aula-Verlag, 2004.

J.I.S. Whitaker, *The birds of Tunisia being a history of the birds found in the regency of Tunis*, vol. I, Londres, R. H. Porter, 1905.

H.-M. Zippelius, "Zur Brutbiologie des Pirols (*Oriolus oriolus*)", en *Bonner Zoologische Beiträge*, vol. 23, 1972, pp. 338-346.

---

<sup>1</sup> Este texto se redactó durante un contrato Juan de la Cierva-Incorporación del Ministerio de Ciencia e Innovación, y como parte del proyecto "Entomornitofilias (y fobias): Impresiones y encuentros de aves e insectos (B1-2022\_11), II Plan Propio Investigación, Transferencia y Divulgación Científica UMA.

<sup>2</sup> R. Karban, *Plant Sensing and Communication*, Chicago, The University of Chicago Press, 2015.

<sup>3</sup> C.L. L'Héritier de Brutelle, *Sertum Anglicum seu Plantae rariores quae in hortis juxta Londinum*, París, Petri Francisci Didot, 1788, p. 11.

<sup>4</sup> R.J. Fensham, "Leichhardt's ethnobotany for the eucalypts of south-east Queensland" en *Australian Journal of Botany*, vol. 69, nº 4, 2021, pp. 185-214. DOI: [10.1071/BT21007](https://doi.org/10.1071/BT21007)

<sup>5</sup> Ibid.

<sup>6</sup> "Ancestors and Past", en *Wurundjeri People*. <https://www.wurundjeri.com.au/our-story/ancestors-past/>

<sup>7</sup> Sobre la introducción de los eucalyptos en la península ibérica: F.J. Silva-Pando, "La introducción y expansión del eucalypto en la península ibérica" en *Foresta*, nº 82, 2022, pp. 42-49.

<sup>8</sup> Ibid., 45.

<sup>9</sup> C. Flores Sancristóbal, *EI eucalypto en Andalucía* [Hojas divulgadoras, 15-62 H], Madrid, Ministerio de Agricultura, 1962, p. 2.

<sup>10</sup> E. Gullón, J.M. Caraballo Martínez y F. Ruiz, "Una visión histórica de los arboretos de eucalyptos de Huelva", en *Boletín del CIDEU*, nº 8-9, 2010, p. 45-46. Los arboretos de Huelva proporcionan el alimento necesario para los koalas en cautividad en los zos españoles.

<sup>11</sup> Á.A. Villa Díaz, *Paisajes coloniales de los arenales de Doñana: El Abalario*, Universidad Pablo de Olavide, 2019, pp. 91-97 y 228-247. <https://rio.upo.es/xmlui/handle/10433/7230>; L. Barragán, "La ciudad del eucalypto de Huelva está desierta: 'Me mata la pena. Hoy solo hay ruinas', *El Confidencial*, 14 agosto 2022, [https://www.elconfidencial.com/espana/andalucia/2022-08-14/poblado-olvidado-espana-vaciada-huelva\\_3473534/](https://www.elconfidencial.com/espana/andalucia/2022-08-14/poblado-olvidado-espana-vaciada-huelva_3473534/).

<sup>12</sup> En las imágenes de los vuelos disponibles en el Instituto Geográfico Nacional el bosquecillo no se aprecia en las fotografías aéreas u ortofotos del Vuelo Americano (1956-1957) pero aparece ya crecido en el Vuelo Interministerial (1973-1986): <https://fototeca.cnig.es/fototeca/>

<sup>13</sup> P.A. Ventalló y Vintró, *Los gomeros de Australia en la regeneración forestal de España*, Tarrasa, V. Cusó, 1877, p. 30.

<sup>14</sup> L. Gil, "El eucalypto es una especie exótica pero no tiene carácter invasor" en *Foresta*, nº 72, 2018, p. 28.

<sup>15</sup> Ibid.; M. Vilà Planella, "Los eucalyptos invasores en España" en *Foresta*, nº 72, 2018, pp. 32-33.

<sup>16</sup> J.M. Domingo Santos, "El eucalypto y los suelos bajo clima mediterráneo", en *Boletín Informativo CIDEU*, nº 8-9, 2010, pp. 15-30.

<sup>17</sup> P. Madejón et al., "Potential of Eucalyptus camaldulensis for phytostabilization and biomonitoring of trace-element contaminated soils", en *PLOS ONE*, vol. 12, nº 6, 2017, DOI: [10.1371/journal.pone.0180240](https://doi.org/10.1371/journal.pone.0180240)

<sup>18</sup> P. Burraco, et al., "Eucalypt leaf litter impairs growth and development of amphibian larvae, inhibits their antipredator responses and alters their physiology", en *Conservation Physiology*, vol. 6, nº 1, 2018, DOI: [10.1093/conphys/coy066](https://doi.org/10.1093/conphys/coy066)

<sup>19</sup> A. Elosegi Irurtia et al., "Efectos ambientales de las plantaciones de eucalyptos en Euskadi y la península ibérica", en *Munibe Ciencias Naturales. Natur zientziak*, nº 68, 2020, pp. 111-136.

<sup>20</sup> P. Rivas, "Industria papelera y 'gasolina para el monte': claves del fuego en Galicia. *El Salto*, 16 octubre 2017. <https://www.elsaltodiario.com/incendios/papelera-ence-gasolina-monte-claves-fuego-galicia-eucalypto>

<sup>21</sup> S. Arellano et al., *Foto-guía de combustibles forestales de Galicia*. Santiago de Compostela, Andavira, 2017.

<sup>22</sup> A. Hay, "Eucalyptus and the ancient kingdom of fire", en *Australian Geographic*, 2021. <https://www.australiangeographic.com.au/topics/science-environment/2021/11/eucalyptus-and-the-ancient-kingdom-of-fire/>

<sup>23</sup> C.H. Fry et al., *The birds of Africa*, vol. VI, Nueva York [etc.], Academic press., 2000, p. 518; F. Bernis y J. Varela, *Diccionario de nombres vernáculos de aves*, Madrid, Gredos, 1995, pp. 131-132.

<sup>24</sup> P. Mason y J. Allsop, *The golden oriole*. Londres, T & AD Poyser, 2009, pp. 50-51.



- <sup>25</sup> W.C. Tait, *The birds of Portugal*, Londres, H. F. & G. Witherby, 1924, p. 32.
- <sup>26</sup> Fry et al., *The birds of Africa*, p. 519.
- <sup>27</sup> C.W. Mackworth-Præd y C.H. Grant, *Birds of West Central and Western Africa*, vol. 2, Essex, Longman, 1981, p. 474.
- <sup>28</sup> A. Motis, "The Whistled Songs of the European Starling *Sturnus Vulgaris* and the Spotless Starling *Sturnus Unicolor* in North-East Spain", en *Bioacoustics*, vol. 7, nº 2, 1991, pp. 119-141, DOI: [10.1080/09524622.1996.9753322](https://doi.org/10.1080/09524622.1996.9753322); A.M. Hindmarsh, "Vocal Mimicry in Starlings", en *Behaviour*, vol. 90, nº 4, 1984, pp. 302-324, DOI: [10.1163/156853984X00182](https://doi.org/10.1163/156853984X00182)
- <sup>29</sup> Para más reflexiones sobre las imitaciones de los estorninos: C. Cortés Zulueta, "Is that a car alarm? Or a bird? Representing and thinking birds' mimicry as a co-constituted living archive" [en prensa]; C. Cortés Zulueta, "Sobre la historia de los cantos de las aves o los cantos de las aves como historia", en *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 28, nº suppl. 1, 2021, pp. 17-35, DOI: [10.1590/s0104-59702021000500009](https://doi.org/10.1590/s0104-59702021000500009)
- <sup>30</sup> Fry et al., *The birds of Africa*, p. 519.
- <sup>31</sup> Mason y Allsop, *The golden oriole*, pp. 180-181, haciendo referencia a: S. Baumann, *Verhaltensstrategien des Europäischen Pirols (Oriolus o. oriolus) bei Gesang, Habitatnutzung und Migration*, Universität Osnabrück, 2000.
- <sup>32</sup> Odom et al., "Female song is widespread and ancestral in songbirds", en *Nature Communications*, vol. 5, nº 1, 2014, p. 3379, DOI: [10.1038/ncomms4379](https://doi.org/10.1038/ncomms4379)
- <sup>33</sup> J. Sierro, et al., "Female blue tits sing frequently: a sex comparison of occurrence, context, and structure of song", en *Behavioral Ecology*, 2022, DOI: [10.1093/beheco/arac044](https://doi.org/10.1093/beheco/arac044)
- <sup>34</sup> Mason y Allsop, *The golden oriole*, pp. 181.
- <sup>35</sup> L. d'Hamonville, *Atlas de poche des oiseaux de France, Belgique et Suisse*, Serie I, París, Paul Klincksieck, 1908, p. 32. Las traducciones son de la autora.
- <sup>36</sup> J. Mooiman, "The Golden Oriole (*Oriolus oriolus*) in Holland", en *The Ostrich. Journal of African Ornithology*, vol. 12, nº 1, 1941, p. 12, DOI: [10.1080/00306525.1941.9634622](https://doi.org/10.1080/00306525.1941.9634622)
- <sup>37</sup> Tait, *The birds of Portugal*, p. 32.
- <sup>38</sup> Mason y Allsop, *The golden oriole*, pp. 181 y 193; G. Colombo, "*Oriolus oriolus*", en *Monaco Nature Encyclopedia*, <https://www.monaconatureencyclopedia.com/oriolus-oriolus/?lang=en>; R. Wassermann, *Der Pirol: ein Tropenwaldvogel in Europa?* [La oropéndola: ¿un ave tropical en Europa?], Wiesbaden, Aula-Verlag, 2004.
- <sup>39</sup> Tait, *The birds of Portugal*, p. 31.
- <sup>40</sup> Bernis y Varela, *Diccionario*, pp. 131-132.
- <sup>41</sup> Ibid.
- <sup>42</sup> Mason y Allsop, *The golden oriole*, pp. 196-226; S. Milano et al., "Isotope record tracks changes in historical wintering ranges of a passerine in sub-Saharan Africa," en *Global Change Biology* vol. 27, nº 21, 2021, pp. 5460-5468. DOI: [10.1111/gcb.15794](https://doi.org/10.1111/gcb.15794)
- <sup>43</sup> Mason y Allsop, *The golden oriole*, p. 209.
- <sup>44</sup> G. Archer, *The birds of British Somaliland and the gulf of Aden*, vol. IV, Edimburgo y Londres, Oliver and Boyd, 1961, pp. 1372-1376.
- <sup>45</sup> Mason y Allsop, *The golden oriole*, pp. 227-232; S. Baumann, "Observations on the coexistence of Palearctic and African Orioles *Oriolus spec.* in Zimbabwe" en *Vogelwelt*, vol. 122, nº 2, 2001, pp. 67-79.
- <sup>46</sup> Mason y Allsop, *The golden oriole*, pp. 124-127; muy ligado a la información y dibujos disponibles en: H.-M. Zippelius, "Zur Brutbiologie des Pirols (*Oriolus oriolus*)", en *Bonner Zoologische Beiträge*, vol. 23, 1972, pp. 338-346.
- <sup>47</sup> J.I.S. Whitaker, *The birds of Tunisia being a history of the birds found in the regency of Tunis*, vol. I, Londres, R. H. Porter, 1905, p. 166.
- <sup>48</sup> Mason y Allsop, *The golden oriole*, pp. 125 y 127.
- <sup>49</sup> Ibid., p. 127
- <sup>50</sup> A. Cretté du Palluel, "Note sur le Lorient jaune (*Oriolus galbula*)", *Revue des Sciences Naturelles Appliquées*, año 38, 1891, pp. 741-743.
- <sup>51</sup> J. Arévalo y Baca, *Aves de España*, Memorias de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, Madrid, Viuda e Hijo de Aguado, 1887, p. 253; Mason y Allsop, *The golden oriole*, p. 127.
- <sup>52</sup> Cretté du Palluel, "Note sur le Lorient", pp. 741-743; Mooiman, "The Golden Oriole", p. 11.
- <sup>53</sup> Whitaker, *The birds of Tunisia*, p. 166.
- <sup>54</sup> Colombo, "*Oriolus oriolus*".
- <sup>55</sup> K. von Frisch y O. von Frisch, *Animal architecture*, Nueva York y Londres, Harcourt Brace Jovanovich, 1974; M. Hansell, *Animal architecture*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2005.
- <sup>56</sup> D. Haraway, *The companion species manifesto: Dogs, people, and significant otherness*, Chicago: Prickly Paradigm Press, 2003.
- <sup>57</sup> Mason y Allsop, *The golden oriole*, p. 125.

---

<sup>58</sup> Mooiman, "The Golden Oriole", p. 11-12.

<sup>59</sup> Ventalló y Vintró, *Los gómeros de Australia*, p. 30.

<sup>60</sup> Mason y Allsop, *The golden oriole*.

<sup>61</sup> J.L. Tellería y A. Galarza, "Avifauna y paisaje en el norte de España: efecto de las repoblaciones con árboles exóticos", en *Ardeola* vol. 37, nº 2, 1990, pp. 237-238.

<sup>62</sup> Mason y Allsop, *The golden oriole*, pp. 131-132.

<sup>63</sup> Ibid., pp. 178-182, a menudo citando a: Baumann, *Verhaltensstrategien*, 2000.

<sup>64</sup> V. Despret, *Habiter en oiseau*, Arles: Actes Sud, 2019.

<sup>65</sup> F. Del Stabile, et. al. "Is There a Role for Sound in Plants?", en *Plants* 11, nº 18, 2022, p. 2391, DOI: [10.3390/plants11182391](https://doi.org/10.3390/plants11182391)